

Las mujeres en los movimientos sociales y de oposición franquista. Una aproximación a las formas de participación sociopolítica femenina en Navarra durante la dictadura

Women in social movements and in the opposition to Francoism.
An approximation to the forms of female sociopolitical participation
in Navarre during Franco's dictatorship

Nerea PÉREZ IBARROLA

Universidad Pública de Navarra / Nafarroako Unibertsitate Publikoa

nerea.perez@unavarra.es

Resumen: La participación de las mujeres en los movimientos sociales y de oposición franquista se desarrolló en distintos ámbitos y adoptó diversas formas. Más allá de las formas de organización protesta y lucha vinculadas a la militancia en organizaciones sociopolíticas y en la participación directa en conflictos laborales y movilizaciones políticas, la presencia de las mujeres ha de buscarse, también, en lo cotidiano, en las luchas por la supervivencia diaria y en las redes de solidaridad femeninas surgidas en prisiones, conflictos obreros y barrios. Los años finales de la década de los 60 y los primeros de la década de los 70 fueron años de gran conflictividad y movilización social y ciudadana en Navarra, y las mujeres, desde diferentes espacios y de diferentes maneras, fueron partícipes de todas esas luchas y protestas.

Palabras clave: Mujeres; franquismo; movimientos sociales; movimiento obrero; movimiento vecinal.

Sumario: Introducción. I. Introducción. II. Mujeres y dictadura. III. Mujeres en la posguerra. IV. Mujeres y movimientos sociales de oposición durante los años 60 y 70. V. Mujeres en el movimiento obrero. VI. Las mujeres en los barrios y en el movimiento vecinal. VII. Conclusiones. VIII. Referencias bibliográficas.

Abstract: Women's involvement in social movements and in the opposition to Francoism unfolded in many areas and took different forms. Women were present in the organization of protests and struggles which were directly linked with their participation in socio-political and labour organizations, mobilization and movements. However they were also active in everyday struggles, which involved their survival, female networks woven in prison, labour conflicts and neighbourhood-based movements. The late sixties and the early seventies were marked by a high degree of social unrest and mobilisation in Navarre. Women were, in many different ways and spaces, part of all these struggles and protests.

Keywords: Women; Francoism; social movements; labour movement; neighbourhood movement.

I. Introducción

El presente artículo tiene como objetivo realizar una primera aproximación a la participación de las mujeres en los movimientos sociales y de oposición que se desarrollaron en Navarra durante la dictadura franquista. Si bien este desarrollo de los movimientos sociales y de oposición y de las luchas y movilizaciones sociales y ciudadanas que protagonizaron se relacionan con fenómenos acontecidos, sobre todo, en las décadas de los 60 y los 70, este análisis abarca toda la dictadura con el fin de hacer visible la multiplicidad de formas que adopta la participación de las mujeres en la historia de aquellos años. Porque más allá de los modelos de participación social y política que han imperado al estudiar la génesis, desarrollo y luchas de estos movimientos, en los que el protagonismo lo han tenido aquellas figuras relevantes que han actuado desde la esfera sociopolítica pública, las mujeres vivieron el franquismo y sobrevivieron a él, las mujeres lucharon contra el franquismo y contribuyeron a abrir un escenario que propició la transición política..., solo que lo hicieron desde múltiples espacios y lo hicieron en múltiples formas que, a menudo, han pasado o pasan desapercibidas. Frente a la relevancia que se les ha otorgado a formas de participación como la pertenencia a organizaciones políticas y sindicales o la implicación directa en la lucha sindical, la participación de las mujeres ha quedado a la sombra de éstas por desarrollarse fuera de los espacios y las dinámicas de estos modelos clásicos de militancia. Pero las mujeres también fueron protagonistas de la lucha anti-franquista, solo que lo fueron no de una, sino de muchas maneras diferentes a estas formas clásicas de participación.

No es objetivo de este artículo analizar el surgimiento del movimiento feminista en Navarra y sus luchas a finales de la dictadura. Este tema merecería análisis propio que, de alguna manera, ya se recoge en los estudios de Carmen Bravo y Begoña Zabala¹. El objetivo de este artículo, por tanto, es reflexionar sobre el papel de las mujeres durante el franquismo y en el final del franquismo a través de su participación, múltiple y diversa, en diferentes espacios

1. Carmen Bravo ha estudiado el proceso «de la domesticidad a la emancipación» que vivieron las mujeres navarras a partir de la década de los 60; en su análisis, entre otros muchos aspectos y ámbitos, el desarrollo del movimiento feminista durante estos años tiene especial relevancia. Ver Carmen Bravo Suescun, *De la domesticidad a la emancipación. Las mujeres en la sociedad navarra (1961-1991)*, Pamplona-Iruñea, Gobierno de Navarra, 2012. Begoña Zabala, por su parte, publicó el pasado año un ensayo acerca de las luchas del movimiento feminista navarro durante la transición, situándolas en el marco de los sanfermines de 1978. Ver Begoña Zabala González, *Feminismo, transición y Sanfermines del 78*, autoedición, 2018.

y movimientos sociales (movimiento obrero, movimientos vecinal) y plantear cuestiones como si llevar comida a los padres, esposos y/o hijos encerrados en un fábrica en huelga contribuyó a la lucha antifranquista y a la configuración de un movimiento social y ciudadano de oposición en Pamplona y Navarra. Para ello, se parte de cuestiones como ¿había mujeres en los movimientos sociales y políticos de oposición en Navarra? Es evidente que las hubo; entonces, ¿en qué medida y en qué forma participaron las mujeres en estos movimientos? No son cuestiones a resolver aquí y ahora, pero sí que podemos realizar una primera aproximación, como punto de partida para resolverlas, apuntando a diversos modos de participación femenina, a las características de esta participación y a la contribución que las mujeres hicieron a los movimientos sociales y de oposición desde las mismas. Por lo tanto, este artículo es, tan solo, una primera aproximación, un análisis y una reflexión que puede contribuir a abrir nuevas líneas de investigación en el ámbito de los estudios sobre la oposición sociopolítica y la movilización ciudadana en Pamplona y Navarra durante el franquismo y la transición.

II. Mujeres y dictadura

Al hablar de historia de las mujeres y del sujeto mujeres en la historia, Cristina Segura Graiño planteaba que la concepción patriarcal de la sociedad al dividir a las personas en dos grupos diferentes con desiguales derechos y libertades y con relación de subordinación de un grupo, el de las mujeres, con respecto al otro, el de los hombres, la realidad social vivida por ambos grupos ha sido y es diferente². Tenerlo en cuenta es importante a la hora de hacer historia, ya que esta realidad social diferenciada hace que las vidas, las experiencias y las dinámicas sociales de cada uno de estos grupos sean diferentes. Un análisis de la participación de las mujeres en los movimientos sociales y de oposición durante el franquismo como este, por lo tanto, ha de partir teniendo claro que la realidad social de las mujeres bajo la dictadura fue diferente a la de los hombres y que esta realidad condicionó y caracterizó, a partes iguales, dicha participación.

La relación entre las mujeres y el régimen franquista se modeló en base a un discurso y una ideología que definía a las mujeres como «ángeles del hogar al servicio de los valores del régimen», lo que contribuyó a definir de una manera

2. Cristina Segura Graiño, «Historia, historia de las mujeres historia social», *Gerónimo de Uztariz*, nº 21 (2005), p. 10.

muy determinada la realidad social de las mujeres en el seno de la dictadura. Gemma Piérola ha estudiado cómo se articuló este discurso en Navarra, cómo lo interiorizaron las mujeres navarras, a través de que espacios e iniciativas se vehiculizó y hasta dónde llegó el alcance real de dichas iniciativas entre sectores amplios de la población femenina y que influencia tuvo en sus vidas³. En sus conclusiones destaca que el contenido ideológico impulsado por el régimen hacia la mujer no fue en Navarra diferente del proyectado en otros territorios y que también aquí en sus postulados se dibujó el diseño que la condición de la mujer debía tener en el nuevo Estado franquista⁴. La imposición de dicho modelo de condición femenina pasó por desplegar sobre las mujeres una serie de mecanismos, tales como el peso del puritanismo, el autoritarismo, el sometimiento, la vigilancia, la censura, la coacción, la presión social y la represión, que indudablemente condicionaron su realidad social, su vida.

Consecuencia de este discurso y de los mecanismos desplegados para hacerlo efectivo fue la reproducción e, incluso, el recrudecimiento de la división social del espacio y del trabajo, de lo público y lo privado, entre hombres y mujeres. En función de esta división, que organiza la sociedad en dos grupos construidos de forma artificial, los hombres se sitúan en el espacio público, que es donde se llevan a cabo las actividades valoradas y reconocidas socialmente, puesto que son actividades remuneradas; y las mujeres en el privado, desempeñando sus actividades en el seno familiar y doméstico sin que estas sean evaluadas como importantes socialmente. En base a esta división, las mujeres han estado relegadas a una situación de sumisión y han tenido muy pocas posibilidades de intervenir en los espacios públicos, que se han ido configurando como espacios eminentemente masculinos.

La dictadura franquista fue garante de esta división sumiendo a las mujeres en una realidad de opresión económica, moral y social que condicionó sus posibilidades para la participación social y política en la esfera pública. Es por ello que, como planteaba Giuliana Di Febo hace ya mucho tiempo, la reconstrucción del rol de las mujeres en los movimientos sociales de oposición y en el contexto de la dictadura franquista debe tener en cuenta esa realidad social propiamente

3. Gemma Piérola Narvarte, *Mujer e ideología en la dictadura franquista. Navarra (1939-1960)*, Pamplona-Iruñea, Pamiela, 2018, p. 269.

4. Según la autora, si bien ideológicamente el contenido no fue diferente, el caso navarro presentó una serie de particularidades en lo que a la reorganización del espacio femenino se refiere, ya que en este ámbito existieron en Navarra dos propuestas políticas paralelas (la del catolicismo conservador-tradicionalista y la del falangismo) que reflejaban dos maneras de entender la España franquista.

femenina como condicionante⁵. Fue una realidad que empezó a materializarse ya a partir de las primeras leyes dirigidas a su exclusión del mundo del trabajo⁶, ejemplo de cómo el régimen, limitando la presencia de las mujeres en las fábricas, condicionó sus oportunidades de participación directa en uno de los principales movimientos sociales de oposición: el movimiento obrero o sindical, que se gestó y desarrolló en las fábricas, espacio del que por ley se había excluido a las mujeres.

Leyes como las que dejaron a las mujeres fuera del ámbito de la fábrica fueron solo un aspecto del complejo orden simbólico y cultural instituido por la dictadura como norma y código de vida para materializar una revalorización poderosa del hogar. De este modo, la dicotomía espacio cerrado como positivo (sinónimo de armonía, orden estabilidad) y lo externo como negativo (sinónimo de amenaza, desorden, peligro para la vida familiar), que atraviesa el discurso ideológico del régimen para con las mujeres⁷, se convirtió en el primer determinante de la realidad social de las mujeres durante la dictadura franquista, en todos los sentidos. En lo que a la participación de las mujeres en los movimientos sociales y de oposición respecta, no solo determinará limitando la presencia y participación de las mujeres en la vida social y, por consiguiente, en las organizaciones sociopolíticas y la movilización social; sino también dando lugar a formas de organización y luchas propias, directamente derivadas de esa realidad social. Parece lógico pensar que, si la realidad social y las oportunidades para la acción social de las mujeres son diferentes, las maneras en que éstas van a participar socialmente también serán diferentes. Se puede decir que la participación de las mujeres en los movimientos sociales de oposición al franquismo y en las movilizaciones que estos protagonizan va a estar caracterizada por la multiplicidad de formas que adopta y por la multiplicidad de espacios en las que la participación tiene lugar.

No atender a esta multiplicación de formas y espacios puede llevarnos a invisibilizar muchas de las aportaciones que las mujeres hicieron a la lucha antifranquista, a la movilización ciudadana y al cambio político. Puede llevarnos, por ejemplo, a no considerar las contribuciones que las mujeres podían hacer

5. Giulina Di Febo, «La lucha de las mujeres en los barrios en los últimos años del franquismo. Un ejemplo de utilización de la historia de género», en J. Tussel, A. Alted y A. Mateos (coords.), *La oposición al régimen de Franco: estado de la cuestión y metodología de investigación*, UNED, Madrid, 1990, tomo II, p. 252.

6. «El Estado libertará a la mujer casada del taller y la fábrica», tal y como se recogía en el «Fuero del trabajo», promulgado por decreto el 9 de marzo de 1938.

7. Di Febo, «La lucha de las mujeres...», p. 252.

desde el ámbito considerado como propio de ellas, el privado. De hecho, muchas mujeres participaron e hicieron aportaciones fundamentales a estos movimientos y movilizaciones sociales y de oposición desde el ámbito privado, llegando incluso a originar desde aquí plataformas propias para la acción colectiva, como se demostró en el caso de las asociaciones vecinales. No es casual, como veremos más adelante, que en el movimiento vecinal la presencia de las mujeres sea especialmente importante.

Es por ello que, al acercarnos a las diferentes formas de participación femenina y su complejidad, hemos de tener en cuenta que estas van a provenir, inicialmente, de ámbitos vinculados al espacio de lo privado, lo que hace necesario abordar y conocer aspectos de la vida y actividades propias de las mujeres. Por ejemplo, por la defensa de la prole, las mujeres han desarrollado una serie de trabajos –denominados «tareas domésticas»– con los que se han ocupado de buscar alimentos, ropas, etc., para garantizar el sustento familiar y que las han llevado a amotinarse y a exigir cambios sociales y políticos para defender las condiciones de vida de sus familias⁸. En cualquier caso, analizar y reivindicar la acción y participación de las mujeres en estas formas y desde estos espacios, derivados de la división social de espacios y roles, no excluye enmarcarlos dentro de una realidad social no elegida por las mujeres, sino impuesta. Es decir, situar la participación social femenina dentro del sistema patriarcal de la división social artificial del espacios y del trabajo, poniendo atención en la acción de las mujeres que tiene por objetivo lograr una mejora en la vida de sus hijos e hijas, no supone obviar, por ejemplo, los conflictos que las mujeres viven dentro de su propia familia; pues en muchas ocasiones, por ejemplo, junto a los trabajos de atención para con los suyos, colaboran en el negocio familiar de forma gratuita, dando lugar a que el cabeza de familia obtenga mayores beneficios⁹.

Del mismo modo, poner en valor la participación femenina originada en el ámbito privado no significa que las mujeres, solo por el hecho de partir de un espacio y de un rol reservado para ellas, no tuvieran que superar toda una serie de obstáculos para poder participar e incidir en la movilización social. Así, para participar en los movimientos y movilizaciones sociales, las mujeres tuvieron que superar el aislamiento social y político al que las sometía el orden simbólico y cultural instaurado por el discurso franquista. Una barrera a superar, por ejemplo, fue la propia gestión del tiempo, ya que la posibilidad de participar o no en las asambleas, en las reuniones y en las actividades organizativas y de lucha depen-

8. Segura Graiño, «Historia, historia de las mujeres...», p. 14.

9. *Ibíd.*, p. 15.

día directamente de la cantidad de tiempo que la mujer dedicaba al trabajo de atención al hogar y a la familia. En este sentido, si tenemos en cuenta que la gestión del tiempo y el espacio atraviesa y condiciona irremediamente todas las formas de lucha en las que la mujer participa, el alcance real de la participación femenina en los movimientos y movilizaciones sociales de oposición no puede medirse en función de los tipos de participación y militancia tradicionales, tales como la sindical o la política (Di Febo, 1990, p. 253), por lo que tampoco hay que buscarla solo atendiendo a los modelos o referentes clásicos de militancia social y política, limitando la participación de las mujeres a figuras como la Pasionaria, es decir, a militantes destacadas y líderes de movimientos sociales y políticos.

El análisis de la militancia comunista femenina durante el franquismo realizado por Mónica Moreno Seco resulta especialmente interesante en este sentido, ya que identifica, entre las militantes del Partido Comunista de España (PCE), multiplicidad de formas de participación y militancia que van más allá del mito de la Pasionaria¹⁰. Frente a la figura mítica de la misma, que va a ser un referente constante para las militantes comunistas, la pluralidad de vivencias, expectativas y valoraciones de la acción política de las mujeres del PCE plantea diversas cuestiones interesantes: en primer lugar, la existencia de varios niveles de actuación que van desde la participación en la dirección del partido a la militancia más social y de base; en segundo lugar, la heterogeneidad en las trayectorias vitales de las militantes y en las motivaciones que las condujeron al comunismo, entre las que podemos encontrar tanto la influencia de la familia como unas inquietudes personales que, por ser el PCE el único espacio conocido para la actuación contra la dictadura, se canalizaron a través de esta organización; y, en tercer lugar, la reflexión sobre el protagonismo real de las militantes en otras actividades que no fueran las consideradas como propias de las mujeres, tales como las actividades de apoyo¹¹.

Parecidas cuestiones podemos plantearnos sobre la participación de las mujeres en los distintos movimientos y movilizaciones sociales de oposición y buscar formas y espacios propiamente femeninos más allá del mito, entendido este como un modelo de presencia y militancia asemejable al que representa la figura de la Pasionaria. Aquí es donde toma especial relevancia la cotidianidad, que pese a ser el «resultado de una representación codificada de los roles», y que

10. Mónica Moreno-Seco, «A la Sombra de ‘Pasionaria’. Mujeres y militancia comunista (1960-1982)», en D. Ramos Palomo (coord.), *Tejedoras de ciudadanía: cultural políticas, feminismo y luchas democráticas en España*, Málaga, Universidad de Málaga, 2014.

11. Moreno Seco, «A la Sombra de ‘Pasionaria’...», pp. 258-259.

para la mayor parte de las mujeres se expresa fundamentalmente en el *trabajo de atención*¹², supone un escenario privilegiado para observar prácticas femeninas de participación, protesta y/o lucha que se caracterizan por la multiplicidad de sus formas y su heterogeneidad.

Según Pilar Díaz, la lucha y resistencia de las mujeres contra la dictadura se desarrolló en varias fases o etapas diferentes¹³. Inicialmente desempeñaron un papel de apoyo a la lucha de los hombres que eran quienes llevaban la iniciativa en las actividades de resistencia. Durante aquellos años las mujeres demostraron tener gran capacidad de resistencia y organización, pero su participación tuvo ciertamente carácter subordinado a la de los hombres. Más tarde, la participación femenina en la lucha contra la dictadura se desarrolló en dos vertientes: como apoyo a la lucha de padres, esposos, hijos, hermanos o compañeros y, también, como protagonistas de la movilización y la lucha activa. A partir de aquí, ya durante la década de los 60, pero especialmente durante la década de los 70, las mujeres fueron autonomizando las luchas y buscando formas de organización propias, dando lugar a las primeras agrupaciones femeninas.

Abarcar el marco cronológico de la dictadura nos permitirá ver los diferentes modelos de participación femenina en los movimientos sociales de oposición, continuidades y transformaciones en los mismos a lo largo del tiempo.

III. Mujeres en la posguerra

Desde los primeros años de la posguerra la resistencia de las mujeres a la dictadura se realizó en distintas circunstancias. Mujeres presas, represaliadas y encarceladas por su compromiso con las organizaciones sociales y políticas republicanas se organizaron y protestaron en cárceles en las que las condiciones de vida eran extremadamente degradadas. Al mismo tiempo, durante aquellos años, la participación de las mujeres también se desarrolló en la organización clandestina y en el exilio. Fueron enlaces de los partidos políticos y de la guerrilla, convirtiéndose en pieza fundamental para garantizar avituallamiento o ayuda económica, como bien reflejó la película *Silencio roto* de Montxo Armendáriz (2001). Mujeres que tuvieron que huir al exilio fueron también capaces de movilizarse y, desde allí, colaborar en la lucha contra la dictadura. La Unión de Mujeres Antifascistas Españolas, por ejemplo, llevó a cabo una importante actividad or-

12. Di Febo, «La lucha de las mujeres...», p. 253.

13. Pilar Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo: los barrios y las fábricas», *Gerónimo de Uztariz*, nº 21 (2005), pp. 39-40.

ganizativa y propagandística en apoyo a la resistencia del interior y tratando de despertar la conciencia y solidaridad internacional con respecto a la situación que se vivía en España¹⁴.

Las «mujeres de preso», figuras presentes en la lucha antifranquista ya desde los años de la guerra civil y hasta el final mismo de la dictadura en la década de los 70, encarnan de una manera muy clara las formas en las que participaron las mujeres en la oposición durante estos primeros años. Fueron mujeres que sacaron adelante a sus familias mientras sus padres y/o esposos estaban en prisión; mujeres que desde fuera y en las visitas prestaban apoyo tanto material como moral; mujeres que hacían el papel de enlace entre los presos y las organizaciones políticas... Estas mujeres procuraron el mantenimiento de las familias en las que faltaba el cabeza de familia, teniendo que procurar los recursos económicos para las personas encarceladas y para toda familia. Lo hicieron además en un contexto muchas veces hostil que las identificaba como familiares de «rojos» o desafectos, con lo que ello suponía en la sociedad de aquella España de vencedores y vencidos de la posguerra. Fueron «mujeres de preso», pero, ante todo, fueron mujeres supervivientes.

A día de hoy, gracias a los datos puestos a disposición pública por el Fondo Documental de la Memoria Histórica en Navarra¹⁵ podemos hacernos una idea de la magnitud de la población reclusa en Navarra para los años de la guerra y la inmediata posguerra: miles y miles de nombres, hombres la mayoría, que pasaron por diferentes tipos de centros de reclusión. La *intra*historia de esta represión es la de las mujeres (madres, hermanas, esposas e hijas) que sostuvieron a las familias fuera y la de las mujeres que se organizaron en redes de apoyo y solidaridad con los presos y sus familias.

Para el caso de Navarra, se ha estudiado la historia y la organización de estas mujeres solidarias con los presos del Fuerte de San Cristóbal entre los años 1934 y 1945¹⁶. La cronología de este trabajo resulta interesante para ver cómo es la figura de las mujeres de preso; su sacrificio y lucha, su solidaridad y organización no son exclusivos de contextos espaciales o temporales determinados, sino que se repite dentro de unos marcos generales. De este modo, las «mujeres

14. Mercedes Yusta Rodrigo, «La unión de mujeres antifascistas españolas (1946-1950): Actividad política femenina al comienzo de la guerra fría», en D. Ramos Palomo (coord.), *Tejedoras de ciudadanía: cultural políticas, feminismo y luchas democráticas en España*, Málaga, Universidad de Málaga, 2014, p. 241.

15. <https://memoria-oroimena.unavarra.es/>

16. Ver Amaia Kowasch Velasco, *Tejiendo redes: Mujeres solidarias con los presos del Fuerte de San Cristóbal (1934-1945)*, Pamplona-Iruñea, Gobierno de Navarra, 2017.

del Fuerte de Ezkaba» se movilizaron para ayudar a los presos recluidos en este penal tanto ante la represión ejercida en Asturias en 1934 como ante la represión ejercida en Navarra y el Estado tras el golpe militar de julio de 1936. También resulta interesante los diferentes perfiles de mujeres que pueden encontrarse en los puntos nodales de estas redes, ya que algunas tenían vínculos familiares con presos, pero otras no; algunas estaban organizadas en grupos y eran militantes de organizaciones sociopolíticas, y otras no.

Así, vinculados a los presos y a este penal, encontramos a grupos de mujeres organizados desde la segunda república, como lo fueron las redes de mujeres socialistas de la Casa del Pueblo de Pamplona y del Socorro Rojo Internacional del Partido Comunista y también algunos grupos de mujeres anarquistas, que empezaron a organizarse en 1934 (Kowasch Velasco, 2017, p. 28). Tras el golpe militar de 1936 se organizaron y articularon nuevos grupos, por ejemplo, principalmente, el de las mujeres pertenecientes a Emakume Abertzale Batza, vinculadas al nacionalismo vasco, a partir de 1937. A partir de este año, también destaca la presencia en estas redes de mujeres que sin pertenecer a una ideología en concreto realizaron labores de apoyo y solidaridad para con los presos y sus familiares.

De hecho, el papel de las familias, las mujeres y las redes de solidaridad que las acogieron y ayudaron adquiere especial relevancia porque una de las características principales de este centro de reclusión fue la alta presencia de presos provenientes de otros lugares y territorios del Estado. Ya en 1934, cientos de presos fueron trasladados desde diferentes lugares al Fuerte de San Cristóbal, que pasó desde entonces a convertirse en penal. También durante la guerra y los años inmediatamente posteriores a ella, muchos de los presos recluidos en el penal procedían de lugares lejanos, teniendo sus familiares (madres, esposas, hermanas, hijas) que desplazarse desde diferentes lugares del Estado en tren, andando o en autobús¹⁷. Por esta razón, fueron muchas las mujeres que decidieron trasladarse a Pamplona y quedarse a vivir en la ciudad, donde tuvieron grandes dificultades para encontrar un empleo que pudiera compaginarse con las visitas a sus familiares presos en el fuerte¹⁸.

También hubo casos de mujeres que sin tener ningún vínculo familiar con los presos acudían a las visitas para ayudar a los presos y servir de enlace con ellos. Eran mujeres de Pamplona, a las que les movía un compromiso militante y el valor de la solidaridad y que, por el hecho de que las visitas tenían que ser con familiares de los presos, tuvieron que hacerse pasar en muchas ocasiones por

17. Kowasch Velasco, *Tejiendo redes: Mujeres solidarias...*, p. 42.

18. *Ibíd.*, p. 44.

hermanas políticas¹⁹. Algunas de estas mujeres, además, sufrieron represión por participar en estas redes: en abril del 1938 varias mujeres fueron detenidas, torturadas y encarceladas en una redada, acusadas de ayudar a los presos del Fuerte de San Cristóbal²⁰.

En este sentido, cuando se habla de las «mujeres de preso», que de igual manera podrían ser «madres, mujeres, hermanas, hijas de preso o presa», se destaca que además del apoyo moral y psicológico que prestaron, sirvieron de enlace con el exterior en todos los sentidos: llevaban y traían consignas y organizaban redes de apoyo en el exterior. Este es el papel que desempeñaba el personaje de Pepita en *La voz dormida* de Dulce Chacón (2002). En este sentido, estas experiencias como «mujeres de preso» y la propia cárcel supusieron para muchas de estas mujeres, que no habían sido militantes ni habían estado adscritas a ningún partido ni organización, el punto de partida de un proceso de concienciación y toma de postura sociopolítica. Las cárceles fueron para ellas lugares de encuentro y socialización, ya que, mientras esperaban larguísimas colas para acceder a las visitas con sus familiares, fueron creando relaciones a partir de las cuales se fraguaron lazos de ayuda y colaboración entre ellas; en el seno de estas redes, que comenzaron siendo de solidaridad, una gran mayoría de mujeres fue concienciándose políticamente desde la perspectiva de género, en relación al papel subsidiario que la sociedad les había dotado poniéndolas en esa situación²¹.

En paralelo, Cristina Borderías, Mónica Borrell, Jordi Ibarz y Conchi Villar destacan la importancia de estas figuras femeninas calificándolas como precedentes de la «autonomía y praxis femenina en la política, los movimientos sociales y el sindicalismo»²². Como hemos visto, es innegable que la vida y la supervivencia en la guerra y la posguerra necesitó de la implicación directa de las mujeres en la esfera pública, ya fuera trabajando en la retaguardia todavía durante los años de la guerra; luchando por el mantenimiento económico de las familias mientras padres y/o esposos estaban en el frente, en prisión o en el exilio; recogiendo avales para sacar a sus familiares de campos de concentración y cárceles, e incluso acogiendo a huidos y guerrilleros (Borderías et al., 2003, p. 177). Estas mujeres, a las que las circunstancias habían llevado, de alguna manera, a la esfera pública, fueron elementos importantes en la formación de

19. *Ibíd.*, p. 43.

20. *Ibíd.*, pp. 40-41.

21. Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo...», pp. 41-42.

22. Cristina Borderías, Mónica Borrell, Jordi Ibarz y Conchi Villar, «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático: la militancia femenina en las CCOO de Catalunya durante el franquismo», *Historia Contemporánea*, nº 26 (2003), p. 176.

las posteriores militancias antifranquistas, no solo porque se convirtieron en ejemplo de autonomía y praxis sociopolítica para sus hijas –muchas de ellas futuras militantes de las Comisiones Obreras (CCOO), asociaciones vecinales y partidos políticos alineados en la lucha antifranquista–, sino también porque fueron transmisoras de solidaridades que hicieron posible la supervivencia de un conjunto de valores éticos y políticos básicos, como el de justicia social, que se transmitieron en el seno de muchas familias²³. El papel de las mujeres durante estos años adquiere así otra dimensión además de la de ser garantes de la supervivencia cotidiana.

IV. Mujeres y movimientos sociales de oposición durante los años 60 y 70

Desde la década de los 60, en el marco de las transformaciones ocurridas en el plano social y político general, la lucha de las mujeres adoptó formas nuevas y más complejas. Acciones como la organización de encierros en las iglesias, el lanzamiento de peticiones públicas firmadas, el envío de denuncias a la prensa, la promoción de huelgas de hambre o la organización de mítines volantes, que tenían por objeto apoyar las luchas de los esposos o hijos en las cárceles, las minas y fábricas e incluso, en ocasiones, realizar reivindicaciones políticas ya han sido señaladas por diversas autoras²⁴. Como ejemplo siempre se destaca la participación de las mujeres en las huelgas mineras de 1962 y 1968 en Asturias, en las que, como se ha demostrado, las mujeres fueron soporte indispensable para difundir las huelgas y buscar apoyos en distintos ámbitos sociales²⁵.

La participación de las mujeres en los movimientos sociales y de oposición se desarrolló al mismo tiempo que se desarrollaban los propios movimientos y sus luchas por mejorar la propia vida y cambiar el régimen político. Las plataformas sociales, políticas y sindicales que emergieron en aquellos años y las huelgas, las luchas estudiantiles y reivindicaciones vecinales que se promovían desde las mismas, no solo contaron con mujeres en sus orígenes, sino que, a medida que se consolidaban como formas organizativas y de lucha, contaron con una

23. Borderías, Borrell, Ibarz y Villar, «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático...», p. 206.

24. Di Febo, «La lucha de las mujeres en los barrios en los últimos años del franquismo...», p. 252.

25. Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo...», p. 39.

participación cada vez mayor de las mujeres. La historiografía sobre la oposición antifranquista cuenta con estudios sobre el movimiento obrero y sus luchas sindicales bajo el franquismo, sobre el movimiento y la conflictividad estudiantil, sobre las viejas y nuevas organizaciones políticas de izquierda, sobre los movimientos ciudadanos en los barrios y sus reivindicaciones...; las mujeres están presentes en todos y cada uno de estos ámbitos, pero nunca se han considerado ni a las mujeres ni a sus aportaciones protagonistas de ninguno.

Como aproximación al papel que desempeñaron las mujeres navarras en los movimientos sociales de oposición en las décadas de los 60 y 70, como punto de partida, resulta especialmente interesante poner el foco en dos de ellos: el movimiento obrero, por ser el que de una manera más clara articuló la lucha antifranquista en Navarra; y el movimiento vecinal, por ser considerado como uno de los espacios en los que es más visible la participación de las mujeres en la lucha²⁶. Para el caso de Navarra, actualmente contamos con amplios estudios sobre la organización del movimiento obrero navarro y la conflictividad de la que fue protagonista durante los años finales del franquismo²⁷, pero el papel de la mujer tanto en el movimiento sindical como en la conflictividad no ha sido todavía explícitamente estudiado²⁸. En cuanto al movimiento vecinal, pese a que en la actualidad está siendo muy estudiado a nivel estatal, en Navarra todavía no contamos con una investigación que explique la génesis y el desarrollo y la

26. Pilar Díaz, por ejemplo, considera que la fábrica y el barrio son los dos principales espacios en los que se desarrolla la lucha de las mujeres en el tardofranquismo (ver Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo...»). Sobre el papel que desempeñaron las mujeres en los movimientos vecinales y la consideración de estos como plataformas de actuación femenina durante la dictadura, la bibliografía es cada vez más extensa. Ver, entre otros muchos: Vicenta Verdugo Martí, «Movimiento feminista-movimiento vecinal en Valencia durante la transición», en Ramos Palomo (coord.), *Tejedoras de ciudadanía...*; Ivan Bordetas, «Aportaciones del activismo femenino a la construcción del movimiento vecinal durante el franquismo. Algunos elementos para el debate», *Historia Contemporánea*, nº 54 (2017), pp. 15-45; o Francisco Arriero Sanz, «El movimiento democrático de mujeres: del antifranquismo a la movilización vecinal y feminista», *Historia, trabajo y sociedad*, nº 2 (2001), pp. 33-62.

27. José Vicente Iriarte Areso, *Movimiento obrero en Navarra. Organización y conflictividad (1967-1977)*, Pamplona-Iruñea, Gobierno de Navarra, 1995, y Nerea Perez Ibarrola, *Langileria berri baten eraketa. Iruñerria 1956-1976*, Pamplona-Iruñea, Gobierno de Navarra, 2017a.

28. Las investigaciones a las que hemos hecho referencia hablan del movimiento obrero en general sin prestar demasiada atención a las mujeres en su condición de mujeres trabajadoras y a las especificidades de las realidades sociales, laborales y militantes de las mujeres. Carmen Bravo, en su ya mencionado estudio sobre el proceso de emancipación de las mujeres, sí se aproxima a estas realidades, si bien es cierto que es uno de los distintos ámbitos que estudia y que, por lo tanto, una investigación específica de estas realidades está todavía por realizar.

organización y lucha de este movimiento, por lo que tampoco conocemos cómo fue la participación de las mujeres en el mismo; tal vez, poner atención en las mujeres y al papel que éstas desempeñaron en los barrios puede ser un punto de partida interesante para avanzar en el estudio de estos movimientos.

V. Mujeres en el movimiento obrero

En una reciente investigación realizada sobre la formación de una nueva clase obrera en la Cuenca de Pamplona durante el franquismo²⁹, se realizaron más de 50 entrevistas a personas que durante aquellos años habían participado de un modo u otro en la formación de aquella clase. De aquellas más de 50 entrevista, solo 5 se realizaron a mujeres³⁰. El objetivo de aquella investigación no era estudiar la participación de las mujeres en el movimiento obrero o la formación de aquella clase, sino sacar a la luz y estudiar las experiencias comunes de los trabajadores, hombres y mujeres, que participaron en la formación de aquella clase. Fue por eso que la muestra no buscó conscientemente, en primera instancia, la experiencia específica de las mujeres³¹. Evidentemente, había mujeres participando en las organizaciones y luchas obrera de aquellos años; evidentemente, la muestra podría haber buscado conscientemente a más mujeres y sus experiencias específicas como mujeres trabajadoras asalariadas y militantes sindicales, porque las había. A pesar de ello, el dato es significativo y debe llevarnos a reflexionar para intentar explicar el porqué de una presencia menor de las mujeres en una muestra cuando el objetivo no es sacar a la luz las experiencias propias de las mujeres.

¿Ese número significa que apenas había mujeres en el movimiento obrero? Había mujeres en el movimiento obrero, pero es cierto que, al menos en Navarra, eran menos que los hombres por el simple hecho de que en Navarra había muchas menos mujeres trabajando en las fábricas, espacio principal para el inicio de las trayectorias de la militancia sindical en aquellos momentos. ¿Que hubiera menos mujeres que hombres militando directamente en el movimiento obrero

29. Perez Ibarrola, *Langileria berri baten eraketa...*

30. Analizar qué hay detrás de ese desequilibrio es el origen del presente trabajo.

31. Diferentes factores intervinieron en que la cantidad de mujeres fuera especialmente pequeña en esa muestra, entre ellos la metodología del propio diseño de la muestra, que se concibió como una red en la que los informantes surgían de las relaciones fabrica, barrio y militancia que los unía unos con otros. Ver Nerea Perez Ibarrola, *Langileria berri baten eraketa. Iruñerria 1956-1976*, tesis doctoral dirigida por Emilio Majuelo Gil, Universidad-Pública de Navarra-Nafarroako Unibertsitate Publikoa, 2016.

significa que las mujeres solo participaron en las luchas obreras de aquellos años en esa pequeña proporción? Tampoco, porque, como hemos visto, la participación de las mujeres adoptó formas muy diversas, por lo que no podemos hablar de la participación de las mujeres en el movimiento obrero navarro solo atendiendo al número de mujeres que directamente formaba parte del mismo. Resulta necesario explicar las razones por las que hubo menos mujeres militantes en el movimiento obrero, pero también resulta necesario poner atención en esas otras formas de participación femenina en el movimiento obrero y sus luchas.

La participación directa de las mujeres en el movimiento sindical estuvo condicionada por un factor principal: la presencia de las mujeres en el mercado de trabajo regulado y asalariado, sobre todo en el del sector industrial. En la relación entre mujeres, mercado de trabajo e industrialización destaca el hecho de que la industrialización no supuso, al menos directamente, un aumento de la participación femenina en el mercado laboral, especialmente en cuanto al empleo en el sector industrial se refiere.

Si analizamos la evolución de las tasas de actividad de las mujeres adultas en el mercado laboral de la Cuenca de Pamplona durante estos años, puede concluirse que el desarrollo industrial no trajo consigo, al menos hasta 1975, un aumento de participación femenina. Dicho de otro modo, el desarrollo industrial de Navarra no aumentó las posibilidades de empleo femenino en este territorio³². Si bien es cierto que las mujeres participaron, cada vez más, en el mercado laboral, también lo es que esta participación siempre estuvo condicionada por diversos factores. Uno de ellos fue la edad³³. Mientras que la vida laboral femenina se concentraba en momentos concretos, como los años de juventud, después de los cuales la tasa de actividad femenina caía; la vida laboral masculina era muy estable desde la adolescencia a la vejez. Esto se explica, principalmente, porque la participación de las mujeres en el mercado laboral estaba muy ligada al matrimonio, que señalaba el final de la trayectoria laboral de muchas mujeres, como demuestra el hecho de que las mujeres solteras mantuvieron durante este periodo tasas de actividad más altas que las casadas y viudas.

Otro de los factores que condicionó la presencia de las mujeres en el mercado de trabajo fue el «trabajo doméstico» que éstas desempeñaban bien dentro del ámbito familiar o en el de la economía sumergida. Gran parte del trabajo femenino no consta en las tasas de actividad laboral porque es trabajo no remu-

32. Ver Fernando Mendiola Gonzalo, «Entre los viejos y los nuevos moldes: cambio social y político en Pamplona y su comarca (1951-1981)», *Gerónimo de Ustariz*, n° 17/18 (2002), pp. 211-250.

33. Mendiola Gonzalo, «Entre los viejos y los nuevos moldes...», pp. 240-241.

nerado. De este modo, queda fuera de las tasas de actividad, por ejemplo, el trabajo que las mujeres realizan en negocios familiares (comercio, hostelería), por considerarse parte del trabajo doméstico. No solo eso, las mujeres también desempeñaban una serie de trabajos domésticos para terceras personas, pero por ser trabajo sumergido no declarado tampoco constaba, a pesar de ser trabajo (mal) remunerado. Es complicado medir la presencia real de las mujeres en el mercado de trabajo de aquellos años si la mayoría de las actividades que éstas realizaban no han contabilizado en las tasas de actividad laboral.

Los testimonios orales, en este sentido, aportan valiosa información sobre la dedicación laboral de las mujeres que compatibilizaban las tareas de dentro y fuera del hogar, convirtiéndose en fuente indispensable para conocer esta parte de la realidad social de las mujeres a la que hacíamos referencia al inicio. Muchas de las madres de esas 50 personas entrevistadas a las que hacíamos referencia antes, por ejemplo, planchaban ropa para una tienda en su domicilio, cosían para otros, cobraban el recibo de las piscinas del barrio o incluso ponían un pequeño puesto en el mercado para lograr ingresos con los que complementar las economías familiares.

En cualquier caso, tal y como ha señalado Jordi Roca i Girones, el régimen trató, en primera instancia, de hacer incompatible la mujer casada con la mujer laboralmente activa, ya que la dedicación al hogar de la primera debía ser exclusiva, lo que invalidaba automáticamente a la segunda³⁴. Las mujeres podían trabajar en talleres, fábricas y oficinas estando solteras; de hecho, era muy habitual que las hijas de familias trabajadoras, debido a las necesidades de la economía familiar, trabajaran hasta casarse. Una vez casadas, debían retirarse al hogar. Lo que nos lleva de vuelta a la consolidación de la división social del espacio y del trabajo a través del discurso del régimen, para impedir el trabajo femenino extradoméstico y que las mujeres percibieran un salario propio que les permitiera ser autosuficientes e independientes económicamente, a lo que se le presuponían unas consecuencias catastróficas en el ámbito familiar. De hecho, como ya hemos visto, sí se aceptaba el trabajo de las mujeres en tiendas y negocios de carácter familiar, por lo tanto no se trataba de que la mujer casada no trabajara en ningún caso, sino de que no lo hiciera fuera de casa recibiendo un salario por ello³⁵.

En lo que a trabajo remunerado y recogido en las tasas de actividad laboral respecta, durante aquellos años las mujeres se emplearon, sobre todo, en acti-

34. Jordi Roca i Girona, «Los (no) lugares de. Las mujeres durante el franquismo: el trabajo femenino en el ámbito público y privado», Gerónimo de Uztariz, nº 21 (2005), pp. 81-99.

35. Roca i Girona, «Los (no) lugares de las mujeres durante el franquismo...», p. 90.

vidades relativas al sector servicios: servicio doméstico, comercio, hostelería, oficinas. La industria siempre ha sido un sector masivamente ocupado por los hombres y la incidencia de las mujeres en el mismo siempre ha sido menor. Pese a ello, las mujeres también trabajaron en la industria y su presencia fue importante en sectores industriales determinados como el del textil, que mantuvo como mayoritaria la mano de obra femenina. Es bien conocido el caso de las mujeres del sector textil de Cataluña y los conflictos y protestas que protagonizaron, tanto en años todavía tempranos de la posguerra como en la década de los 70³⁶.

En Navarra, en la industria en general y en las empresas y fábricas más grandes concretamente, la presencia de las mujeres era, sin duda, mucho menor que la de los hombres. La industrialización navarra de las décadas de los 50 y 60 se impulsó desde sectores como el metal, la automoción y la minería, sectores todos ellos en los que la mano de obra era eminentemente masculina; los sectores industriales tradicionales como el textil, en los que se empleaba mayoritariamente mano de obra femenina, tuvieron siempre un peso y un protagonismo en la estructura industrial y en la composición de la población trabajadora mucho menor. Sin embargo, fue muy común que las jóvenes de familia obrera, antes de casarse, trabajaran como aprendizas en fábricas de botones, talleres de alfombras y fábricas pertenecientes a estos sectores industriales tradicionales. En Pamplona existieron fabricas importantes que empleaban mano de obra eminentemente femenina, como Calzados López, fábrica de calzados que tuvo mucho protagonismo en la huelga general de 1951, y Oena, fabrica situada en Villava en la que se hacían bolsas. Aun así, las fabricas más combativas del movimiento obrero en Navarra, Potasas de Navarra, Imenasa, Super Ser, Eaton Ibérica, Authi..., pertenecían a los sectores industriales promocionados en Navarra durante los años 50 y 60 –al sector de la minería, la primera; al del metal, la segunda y la tercera, y a la automoción, las dos últimas– y su mano de obra estaba conformada, principalmente, por hombres. Esto, sin duda, influyó en la implicación directa de las mujeres en el movimiento y en la conflictividad sindical.

Las cinco mujeres entrevistadas a las que hemos hecho referencia, aun siendo pocas, presentan rasgos que aportan información interesante acerca de la presencia de las mujeres en la industria navarra (en qué sectores-empresas, en qué espacios y trabajos, etc., se situaban). Una de ellas trabajaba en la sección de

36. Ver, por ejemplo, Nàdia Varo Moral, «Mujeres en huelga: Barcelona metropolitana durante el franquismo», en J. Babiano Mora, *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*, Madrid, Catarata, 2007.

producción de una importante fábrica del metal de Pamplona. Otra también en la sección de producción, pero de Onena, una fábrica en la que la mano de obra era eminentemente femenina. La tercera comenzó trabajando en la sección de producción de una industria química y pasó después a trabajar como telefonista en la oficina. La cuarta trabajó en la oficina de esta misma fábrica del sector químico. Y la última trabajó en la oficina de la mencionada Potasas de Navarra. Analizar la trayectoria laboral de estas mujeres nos permite diferenciar dos espacios y tipos de actividad en los que se desarrollaba el trabajo de las mujeres en la industria: las plantas de producción y la oficina. Entre las que trabajaban en las plantas de producción, también es posible diferenciar las que se empleaban en los nuevos sectores industriales, donde la mano de obra era mayoritariamente masculina, y las que se emplean en sectores industriales tradicionales, donde se conservaba una tradición de emplear a mano de obra femenina.

Las experiencias laborales de las mujeres asalariadas en la industria durante la dictadura franquista, trabajaran en el sector que trabajaran y se desarrollaran en el espacio y actividad en la que se desarrollaran, tuvieron muchos puntos en común. En primer lugar, los trabajos que desempeñaban las mujeres eran, por lo general, los menos considerados, peor cualificados y peor remunerados. Los salarios de la industria textil-confección, por ejemplo, eran los más bajos de toda la industria española³⁷. Esta rentabilidad salarial más baja del trabajo femenino estuvo directamente ligada a la cualificación. La mayoría de las mujeres estaban en la categoría de aprendizas, había muy pocas oficiales y maestras. Además, las mujeres pasaban más años en la categoría de aprendiz que los varones, lo que las mantenía con un nivel salarial más bajo durante más tiempo mientras los empresarios podían disponer de una mano de obra más barata y rentable, integrada por mujeres jóvenes, solteras y aprendizas, en aquellos sectores en los que el trabajo no precisaba de una formación o cualificación mínima o determinada. La nula política formativa en el campo profesional para con las mujeres perpetuó esta situación. Si bien ya en los 50, pero especialmente a partir de los 60, se produjo en el Estado en general y en Navarra en particular un auge de la formación profesional³⁸, la integración de las mujeres en este sistema fue muy bajo y nunca existió un proyecto de inversión profesional para las mu-

37. Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo...», p. 46.

38. Una aproximación al desarrollo de la formación profesional en Navarra en Francisco Javier Caspistegui Gorasurreta, «La formación profesional en Navarra (1939-1964)», en F. C. Caspistegui Gorasurreta y C. Erro (dirs.), *De agrícola a industrial: Navarra 1939-2001*, Barañain, Eunsa, 2005, pp. 43-103, y Joseba de la Torre Campo, «Trabajadores, empresarios y tecnócratas en el desarrollo industrial de Navarra (1950-1980)», *Gerónimo de Uztariz*, n° 22 (2006), pp. 75-103.

jeros porque al casarse debían abandonar su trabajo³⁹. Testimonios de mujeres navarras recogen así las diferencias entre la trayectoria formativa y laboral de los hombres y las mujeres, atendiendo a la formación profesional que recibían y/o podían recibir:

las mujeres no teníamos por qué aprender nada porque teníamos que ser amas de casa. Entonces, yo también fui al costurero, o sea, fuimos todas al costurero a aprender a coser, a aprender ser buenas amas de casa. Entonces, la formación... formación intelectual o formación profesional, eso estaba eh... pues para los hombres. Era para los hombres, las mujeres no teníamos que... que hacer nada más que ser unas buenas amas de casa, ser buenas hijas y ser amas de casa⁴⁰.

Por lo tanto, existían en la industria realidades laborales específicas de las mujeres de las que se derivaron condiciones y problemáticas propias que fueron el punto de partida para que las mujeres se iniciasen en conflictos reivindicativos y luchas, especialmente en aquellas fábricas en las que la mano de obra era mayormente femenina. La tipología, el inicio y dinámica de los conflictos no fue en estas fábricas diferente a la dinámica general de la protesta obrera que surgía en cualquier otra fábrica: denunciar abusos, intercambios en la hora del bocadillo, vestuario y entrada a la fábrica, arenga de una trabajadora, elección de la más preparada como portavoz, formación del grupo para presentar las reclamaciones a la dirección, celebración de una asamblea para elaborar la tabla reivindicativa a negociar en el convenio y desempeño de cargos de enlace sindical y jurados de empresa⁴¹. Se podría decir entonces que la dinámica conflictiva de las mujeres no fue específica. Conviene, sin embargo, destacar, aunque se dé por hecho, que lo mismo que hacían los hombres en una fábrica del sector del metal, lo hacían las mujeres en las fábricas del sector textil.

Lo que sí es propio y específico de estos conflictos es la existencia de problemáticas específicas derivadas de la condición femenina de las trabajadoras. En estos conflictos a las reivindicaciones comunes a todo el movimiento obrero se le suman otras derivadas de las especificidades del trabajo femenino asalariado en las fábricas: reivindicaciones salariales (debido a la gran desigualdad de salarios femeninos y masculinos), niveles de cualificación, denuncia de las condiciones

39. Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo...», p. 46.

40. Entrevista realizada a M. G., Pamplona-Iruñea, el 09/06/2011.

41. Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo...», p. 48. De las cinco mujeres a las que venimos haciendo referencia, al menos tres (las dos de planta de producción y la telefonista) fueron enlaces sindicales, cargos que simultanearon con su participación en las CCOO.

laborales (falta de higiene e indumentaria) y otro tipo de peticiones que tienen que ver con un aspecto que muchas veces no se menciona y que está directamente vinculado a la realidad vivida por muchas mujeres en sus puestos de trabajo, el trato paternalista y vejatorio de los jefes y mandos intermedios para con las mujeres⁴².

La existencia de estas problemáticas específicas hizo que a la reivindicación de sus derechos en coincidencia con la mayoría trabajadora se sumaran reivindicaciones propias, resultado de la toma de conciencia sobre su situación específica como trabajadoras.

Un espacio laboral desde el que las mujeres participaron en el movimiento sindical y en la conflictividad laboral impulsada por este fue el de las oficinas de las empresas, donde la presencia de mujeres jóvenes era muy frecuente. Las jóvenes que estudiaban el bachillerato laboral tenían opción de acceder al mercado laboral para desempeñar puestos de administración o secretaría, lo que las llevaba a oficinas, empresas y fábricas. Fue una trayectoria a la que accedieron, incluso, las hijas de familias trabajadoras, para las cuales se consideraba que trabajar en una oficina era lo máximo a lo que podía aspirar socialmente:

la mentalidad también influyó, ¿no?, porque ya el que fuera hija, o sea mujer, y que ya tuviera un bachiller elemental, que fijate, que es parecido a una EGB ahora, y que pudiera trabajar en una oficina, ya era como un salto de clase, ¿no? [...], era como ya, como más señorita, ¿no?, entonces iba a trabajar en la oficina, no iba a trabajar en una fábrica, y entonces ahí ya, pues como que sus aspiraciones ya estaban colmadas⁴³.

A pesar de que por ser necesaria cierta cualificación para trabajar en las mismas y por constituir un espacio laboral diferenciado y más cercano, tanto espacial como simbólicamente, a la dirección, pocas veces se presta atención a las oficinas y a las dinámicas organizativas y conflictivas generadas desde las mismas. En lo que respecta a las mujeres trabajadoras, puede ser un espacio interesante para la observación, debido a que el número de mujeres trabajando en estos espacios era proporcionalmente mayor al número de mujeres trabajando en las plantas de producción, especialmente en los principales sectores como el metal. En este sentido, puede resultar interesante tener en cuenta como variable la presencia de las hijas de familias trabajadoras a las que hacíamos referencia a la hora de

42. Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo...», p. 47.

43. Entrevista realizada a M. L. C en Pamplona-Iruñea el 24/01/2013.

analizar la participación de las trabajadoras de oficina en el movimiento sindical. Porque en Navarra hubo jóvenes trabajadoras de las oficinas que se organizaron y participaron en las comisiones de sus respectivas fábricas, siendo agentes activos del movimiento obrero. Es significativo, en este sentido, el caso de la comisión obrera de la oficina de Potasas de Navarra. La organización de la comisión obrera en Potasas era compleja porque en la empresa existían tres centros de trabajo, mina, fábrica y oficina, y cada uno tenía su propia comisión, que luego se coordinaba con las demás en una estructura. La comisión obrera de la oficina la crearon unas jóvenes que trabajan en la misma y que querían luchar y aportar igual que lo hacían «los trabajadores de buzo»⁴⁴.

Este caso resulta interesante, además, porque estas jóvenes formaron esta comisión tras haber pasado por la Juventud Obrera Católica (JOC). Una de ellas era militante de uno de estos grupos y animó a las demás a ir a una de sus reuniones. Allí descubrieron, de alguna manera, el movimiento obrero y fueron desarrollando un compromiso militante para con él, algo muy común en aquel periodo no solo para las mujeres, ya que muchos trabajadores entraron en contacto con el mundo obrero y el propio movimiento obrero a partir de estos espacios, iniciando aquí sus trayectorias militantes. En el caso de las mujeres, el papel de estos grupos como espacios de socialización fue fundamental, ya que ofrecían a las jóvenes ampliar sus redes de relaciones sociales más allá de su mundo familiar. De hecho, tal y como Cristina Borderías, Mónica Borrell, Jordi Ibarz y Conchi Villar han observado en las trayectorias militantes de varias mujeres, esta primera militancia en las organizaciones obreras cristianas se presenta como explicación a la militancia política; tanto que en muchos de los casos la vinculación de estas mujeres a CCOO una vez accedieron al mercado de trabajo no derivaba tanto de problemas laborales concretos, sino del compromiso social de base cristiana adquirido en estas organizaciones⁴⁵.

De las cinco mujeres a las que se ha hecho referencia, cuatro pasaron por las JOC; la quinta participó en los movimientos de Vanguardia Obrera Juvenil (VOJ) impulsados por los jesuitas; todas participaron de un modo u otro en la comisión obrera de sus fábricas, y todas tuvieron alguna vinculación con partidos de la izquierda revolucionaria: dos fueron militantes del Partido del Trabajo de España (PTE), otras dos de la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) y la quinta, si bien no fue militante, fue cercana a esta última. Por lo tanto, estas organizaciones católico-

44. Entrevista realizada a M. L. C en Pamplona-Iruñea el 24/01/2013.

45. Borderías, Borrell, Ibarz y Villar, «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático...», pp. 193-194.

obreras ofrecían un espacio donde las mujeres jóvenes y trabajadoras podían juntarse, crear, relacionarse y hablar de los problemas derivados de su condición de jóvenes, trabajadoras y mujeres. Fueron espacios de encuentro, socialización socio-política y concienciación, punto de partida para que muchas de estas jóvenes, como aquellas que crearon la comisión obrera de las oficinas de Potasas, se organizaran, movilizaran y entraran a formar parte del movimiento sindical.

En el trabajo de Cristina Borderías, Mónica Borrell, Jordi Ibarz y Conchi Villar al que ya hemos hecho referencia en repetidas ocasiones durante este artículo, se califica a las mujeres que participaron en la gestación de las CCOO y su desarrollo posterior como «eslabones perdidos de la historiografía»⁴⁶. Basado en el estudio de biografías y trayectorias de mujeres que militaron en las CCOO, este trabajo no solo pone de manifiesto la presencia de las mujeres en el movimiento sindical; sino que, ofreciendo una visión intergeneracional, desgrana los factores, problemáticas y condicionantes que atraviesan sus trayectorias militantes, lo que permite analizar la militancia sindical de las mujeres en el contexto de unas biografías en las que «trabajo, política, familia y vida personal aparecen estrechamente interrelacionadas»⁴⁷. Las dinámicas generales y comunes identificadas en el análisis de estas biografías establecen referencias sumamente interesantes a partir de las cuales podrían estudiarse las experiencias particulares de las mujeres que participaron en las CCOO de Navarra.

Uno de los aspectos a destacar de la actividad militante de las mujeres es que ésta se desarrollaba, principalmente, en el centro de trabajo, es decir, a nivel de fábrica: pintadas, propaganda clandestina (ocultar en sus casas multicopistas y vietnamitas), recogida de dinero para las cajas de resistencia, etc. Su papel era reconocido en los centros de trabajo y en los procesos de negociación a pie de fábrica, pero este reconocimiento muy pocas veces conllevaba una participación directa en las estructuras organizativas de aquellas organizaciones de las que formaban parte⁴⁸. Evidentemente hubo excepciones. En el caso de Navarra nos encontramos con mujeres que desempeñaron labores de coordinación en los centros de trabajo o en las «zonas» en las que se organizaban las CCOO de Navarra⁴⁹, llegando a formar

46. Borderías, Borrell, Ibarz y Villar, «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático...», pp. 193-194.

47. *Ibíd.*, p. 164.

48. *Ibíd.*, p. 189.

49. Las CCOO de Navarra se organizaban en zonas, delimitadas por los principales polígonos industriales situados en la Cuenca de Pamplona y en las zonas en las que se situaban las principales empresas. Una de las cinco mujeres cuya participación estamos analizando fue representante de unas de estas zonas e integraba, por ello, el secretariado de las CCOO de Navarra, órgano coordinador.

parte del secretariado de la organización; y con mujeres que formaron parte de los primeros secretariados de los sindicatos que se crearon ya iniciada la transición.

Analizar la experiencia militante de mujeres trabajadoras resulta clave para entender los factores que condicionaban e influían en esta actividad sociopolítica femenina en el ámbito sindical. Testimonios analizados por autoras como Pilar Díaz apuntan características, dinámicas y tendencias generales comunes sobre las dificultades y desequilibrios de la militancia sindical de las mujeres con respecto a la de los hombres. Los líderes sindicales eran, aparte de hombres, mayores que ellas, y esto influía en el trato que se les daba a ellas dentro de las organizaciones. Diversos testimonios coinciden en señalar que ellas y sus problemas específicos siempre quedaban en un segundo plano en las reuniones y asambleas, que por lo general hablaban las últimas y que cuando lo hacían muchas veces no eran escuchadas; lo que llevó a muchas mujeres a abandonar los sindicatos porque «estábamos hartas que las cuestiones de la mujer se vieran siempre en el último punto del orden del día»⁵⁰.

La experiencia militante de las mujeres implica una serie de aspectos interesantes que influyen y condicionan en el caso de las trayectorias femeninas y que no interfieren tanto en el caso de las de los hombres. Tenerlas en cuenta es indispensable a la hora de analizar y valorar la participación de las mujeres tanto en el movimiento sindical como en otros movimientos, sociales y políticos de oposición. Las interferencias familiares en contextos de conflicto, por ejemplo, era mayor en el caso de las mujeres que en el de los hombres. En muchas ocasiones la familia intervenía sin dejar a las mujeres libertad para tomar decisiones propias e influía en las decisiones y actitudes adoptadas por las mismas respecto a los conflictos planteados en sus centros de trabajo; en ocasiones, incluso, los padres obligaban a las hijas a incorporarse al trabajo y no les permitían mantener una postura propia⁵¹. Detrás de estas interferencias familiares, al margen del temor que generaba la actividad política clandestina, podemos encontrar la inercia familiar que les impedía jugar un papel activo en la sociedad y que establecía un camino trazado para ellas del que no debían desviarse⁵².

Otro aspecto interesante es el papel jugado por la maternidad en el desarrollo de la trayectoria de las mujeres. La maternidad supuso en la mayoría de los casos un punto de inflexión determinante en las trayectorias laborales y militantes fe-

50. Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo...», p. 47.

51. *Ibíd.*, pp. 46-46.

52. Pilar Díaz Sánchez, «Las fuentes orales y la construcción de relatos biográficos: mujeres trabajadoras en la dictadura franquista», en M. Llona (coord.), *Entrevise. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, EHU, 2012, p. 208.

meninas. Muchas mujeres interrumpieron su militancia al convertirse en madres, lo que no solo supuso el final o la transferencia de su compromiso militante hacia otras áreas, sino que a su vez implicó la «desvinculación de su círculo de amistades y relaciones personales». Aun así, había mujeres que continuaban con su militancia, pero esta no modificaba, en ningún caso, la asunción de sus responsabilidades familiares, especialmente cuando sus maridos tenían una militancia sindical, social o política destacada que se consideraba prioritaria respecto a la de ellas. En estos casos, además, para la continuidad de las trayectorias femeninas resultaba indispensable el apoyo y colaboración de otras mujeres, sus madres principalmente.

Analizar las experiencias globales y específicas en las trayectorias vitales y militantes de las mujeres que participaron en las CCOO de Navarra y comprobar de qué manera concurren estas dinámicas generales en su caso puede ser un punto de partida para continuar avanzado en el conocimiento sobre la realidad social, laboral y militante de las mujeres trabajadoras navarras de aquellos años⁵³.

En las huelgas generales de 1951 ocurridas en diferentes puntos del Estado, las mujeres desempeñaron un papel relevante tanto en sus puestos de trabajo como en apoyo a las huelgas de los trabajadores. En el caso de Pamplona, la participación de las mujeres se caracterizó, principalmente, por ser el detonante de la huelga general ocurrida en la ciudad a principios de mayo de aquel año. Fueron las mujeres las que iniciaron la protesta que desencadenó en huelga, al protestar en el mercado y ante el Gobierno Civil por el precio de un alimento básico como los huevos. Sería interesante analizar en exclusividad el papel que desempeñaron y la participación que tuvieron las mujeres en este conflicto, ya que, seguramente, encontraríamos diferentes perfiles de mujeres participando en la misma y diferentes formas de participación; claro ejemplo de la multiplicidad de modelos de participación femenina de la que hablábamos en la primera parte de este artículo. Probablemente encontraríamos mujeres «amotinadas», amas de casa y consumidoras que protestaron desde posturas muy parecidas a las que el historiador británico E. P. Thompson atribuía a las mujeres en aquellos motines de subsistencia en los que subyacía la «economía moral de la multitud»⁵⁴; encon-

53. Una aproximación a las condiciones laborales específicas de las mujeres en la industria navarra en Bravo Suescun, *De la domesticidad a la emancipación...*, pp. 114-126.

54. Según Thompson las mujeres jugaron un papel principal en los motines de subsistencia del siglo XVIII porque eran las más involucradas en la compra y venta de productos de primera necesidad, las más experimentadas en detectar el peso escaso o la calidad inferior de los productos respecto al precio y las más sensibles a la trascendencia de la oscilación de los precios. Ver E. P. Thompson, «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 265-266.

traríamos trabajadoras de la fábrica de Calzados López, cuya mano de obra era eminentemente femenina; y encontraríamos, también, muchachas del servicio doméstico, «hijas casi todas o familiares de fusilados en 1936, mezcladas con mujeres públicas»⁵⁵. Ahondar más en cada uno de estos perfiles puede ser un buen inicio para investigar el papel y la participación real que tuvieron las mujeres en esta huelga.

La variada y heterogénea presencia femenina en este conflicto es un claro ejemplo de que la participación de las mujeres en el movimiento obrero y en la conflictividad laboral y social no puede medirse exclusivamente en función de la participación activa de las mujeres como militantes dentro de organizaciones sindicales. Cuando se habla, por ejemplo, del papel que desempeñaron las mujeres en las huelgas mineras asturianas de 1962 y 1968, en las que, como ya hemos visto, fueron un soporte indispensable para difundir las huelgas, buscar apoyos sociales y económicos y sacar adelante a las familias, de alguna manera se saca a la luz otro tipo de participación femenina en la lucha y un perfil diferente de mujer implicada en el movimiento obrero y en el conflicto.

Hablamos de un perfil de mujer vinculado a lo que Temma Kaplan ha llamado «conciencia femenina», percepción compartida por muchas mujeres de aquella época y que estaría en la base de movimientos y movilizaciones colectivas de mujeres surgidos de y relacionados con las prácticas y formas de vida cotidianas⁵⁶. Hablamos, por tanto, de mujeres que se identificaban como madres y ama de casas y que se movilizaban, interviniendo en la vida pública, desde esa identificación, impulsadas por la «conciencia arraigada entre las mujeres, de que constituyen una comunidad y son las garantes de la misma», que se manifiesta y las empuja a actuar «cuando sienten ultrajados aquellos principios sobre los que se basa la comunidad y la vida familiar»⁵⁷.

Este planteamiento resulta especialmente interesante como marco en el que estudiar y analizar la acción de las mujeres de trabajadores en huelga durante el transcurso y desarrollo de los conflictos. Además, si consideramos, tal y como lo hemos hecho en investigaciones anteriores, que durante el franquismo se conformó en la Cuenca de Pamplona una nueva clase obrera, este planteamiento hace a las mujeres, presentes en el marco de la comunidad, partícipes de este proceso

55. Informe del Gobernador Civil de Navarra. Archivo General de la Administración (AGA). Fondo Presidencia, Caja 51-19012.

56. Temma Kaplan, «Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres entre los años cincuenta y los años setenta», en A. M. Aguado, *Mujeres, regulación de conflictos y cultura de la paz*, Valencia, Universitat de València, 1999, p. 90.

57. *Ibíd.*

de formación. Si la formación de comunidades obreras en los barrios de Pamplona fue un elemento importante en la formación de esta clase obrera pamplonesa⁵⁸; las mujeres, que también formaban parte de estas comunidades, participaron en el proceso como integrantes de las mismas y desde el papel específico que desempeñaban en las mismas. Siguiendo con los planteamientos de Kaplan, las mujeres de las clases populares realizaban trabajos asociados a su papel de garantes de la conservación de la vida, tales como hacer la compra y asegurarse la provisión de comida para satisfacer las necesidades familiares básicas diarias o prevenir del peligro tanto a familiares como a vecinos en contextos represivos, lo que las convertía en «proveedoras y distribuidoras de los recursos sociales de la comunidad»⁵⁹. El desempeño de esta labor también las convertía a ellas en parte de las comunidades obreras, al establecer una relación entre ellas y sus comunidades. De hecho, en el marco de lo cotidiano, compartiendo este tipo de rutinas en sus comunidades, las mujeres de las clases populares adquirieron una cosmovisión común que las unió entre sí dentro de su clase y su vecindario⁶⁰. En estas comunidades las mujeres creaban redes, al igual que lo hacían las mujeres que se organizaban para ayudar a los presos del Fuerte de San Cristóbal, y estas redes facilitaban el establecimiento de vínculos que se mostraban con fuerza en momentos de acción colectiva. En los barrios estos vínculos se hicieron especialmente visibles; y en contextos de lucha sindical y conflicto, también.

Entendiéndolo así, el papel de la mujer como soporte de las luchas, e incluso de la propia militancia de sus padres, esposos, hermanos o hijos, es mucho más que el de mero soporte; es también parte indispensable de esas luchas, de esas militancias. Las largas y duras huelgas que el movimiento obrero navarro protagonizó a inicios de la década de los 70 (Eaton Ibérica, 47 días en huelga en 1971; Imenasa, 45 días de huelga en 1971) habrían sido imposibles de sostener sin las estructuras organizativas de los trabajadores, pero también habrían sido imposibles de sostener sin las mujeres que se organizaron para llevar comida y mantas a los encerrados en la fábrica que estaba en huelga y sin las mujeres que sostenían a la familia mientras duraba el conflicto.

En febrero de 1974 un grupo numeroso de 287 trabajadores se encerró, por primera vez, en uno de los pozos de la mina de Potasas de Navarra. El encierro duró 79 horas y supuso una experiencia especial de lucha para los trabajadores de la empresa ya que volvieron a ponerla en práctica en enero de 1975 cuando,

58. Perez Ibarrola, *Langileria berri baten eraketa...*

59. Kaplan, «Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres...», p. 91.

60. *Ibíd.*, p. 92.

en el marco de unos meses de conflictividad generalizada en toda Navarra, otro grupo más reducido de trabajadores protagonizó un segundo encierro que duró 15 días y llevó a toda Navarra a una huelga general. En aquel primer encierro de 1974 las mujeres de los encerrados llevaron mantas y comida a la boca de la mina, prepararon bolsos con lo indispensable para meter en el pozo (en los que metieron cartas para comunicarse con sus esposos) y participaron en todas las asambleas que se organizaron⁶¹. En una de aquellas asambleas, una de estas mujeres, dejando claro lo importante de la postura de las mujeres respecto a los conflictos, dijo lo siguiente:

Yo no tengo facilidad de palabra y mi marido no sabe que voy a hablar, pero lo voy a hacer. Mi marido es minero desde antes de que le saliera barba, tiene el primer grado de silicosis y está enfermo de la columna. Yo hasta ahora siempre le he dicho que no se metiera en follones, que se dejara de líos. Cuando ha habido huelga siempre le he insistido para que trabajase, para que hiciera el esquiro, pero ya no lo haré más porque estos días veo donde está la razón y quienes son los culpables de esta situación. Desde ahora animaré siempre a mi marido para que luche con todas sus fuerzas, que ya trataremos de pasar con lo que tengamos y os pido a las mujeres que hagáis lo mismo⁶².

Las mujeres de los trabajadores en el encierro de enero de 1975 iban todos los días a la boca de la mina, llevaban comida, se concentraban y acudían a las asambleas; todo esto mientras vivían la angustia de que sus padres, esposos, hermano o hijos estuvieran encerrado en un pozo sin apenas luz ni comida y tenían que encargarse de mantener a la familia mientras duraba el encierro. Ellas también participaron, a su manera, en esa lucha, en ese encierro⁶³. Analizar con detenimiento el caso de las mujeres de los trabajadores de Potasas puede resultar útil para observar los diferentes elementos que intervienen en las actitudes y posicionamientos de estas mujeres, ya que a un estudio de las relaciones y dinámicas que se forman en las comunidades de mineros en cuanto a identidades y organización puede añadirse una variable interesante en este caso: el hecho de que es muy probable que estas mujeres ya tuvieran experiencias en las luchas mineras. Potasas de Navarra era una de las empresas navarras en las que más presencia de trabajadores originarios de otros lugares del Estado había. Muchos de

61. «Relato del encierro de Potasas (24-04-1974)», crónica realizada por el comité local de Pamplona de la ORT. Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, Fondo ORT, Caja 8.

62. *Ibidem*.

63. «Diario del encierro de la mina de Potasas», documento facilitado por Javier Urroz.

sus trabajadores de la mina habían llegado a Navarra procedentes de otras zonas mineras debido a la falta de experiencia de los trabajadores navarros en este sector. Por lo tanto, es muy posible que muchas de las mujeres de los trabajadores de Potasas provinieran ya de modos de vida comunitarios y hubieran vivido y experimentado dinámicas colectivas de mujeres parecidas a estas.

Por otra parte, durante las décadas de los 60 y los 70 el papel de estas mujeres no se hizo visible tan solo en el contexto del conflicto, también lo fue en el contexto represivo. A lo largo de toda la dictadura las prácticas represivas continuaron ejerciéndose contra cualquier forma de disidencia u oposición al régimen, lo que llevó a ser detenidos y a prisión a muchos militantes de diferentes organizaciones sociopolíticas (militantes sindicales, militantes de partidos políticos e, incluso, militantes de las comisiones de barrios). En el contexto de conflictividad laboral y movilización política contra el régimen que se vivió en Navarra a finales de la década de los 60 y a inicios de la de los 70, cantidad de personas fueron detenidas y encarceladas. Muchas de esas personas eran trabajadores y militantes sindicales destacados, por lo que cabría preguntarse sobre si existen continuidades entre aquellas mujeres de preso de la posguerra y las mujeres de estos trabajadores que vivieron la detención, tortura y encarcelamiento de sus padres, esposos, parejas, hermanos o hijos.

VI. Las mujeres en los barrios y en el movimiento vecinal

La participación de las mujeres en los movimientos vecinales parte de las bases que hemos visto para las mujeres de los trabajadores. Si, como hemos visto, estas mujeres se iniciaban en un proceso de denuncia y lucha contra la dictadura desde su posición de mujeres y desde el papel que representaban en la sociedad, su punto de partida, en primera instancia, fue el doméstico: familia, espacios reservados a las mujeres (mercados, colegios de enseñanza primaria o institutos), barrio. La presencia de las mujeres en los barrios y su participación en la vida cotidiana que tiene lugar en los mismos convirtieron al movimiento vecinal en el movimiento social de oposición que presentaba mayores niveles de participación femenina.

El movimiento asociativo de los barrios comenzó a desarrollarse cuando la Ley de Asociación de 1964 permitió, en una forma más o menos autorizada, la creación de estructuras asociativas. A partir de entonces las asociaciones de vecinos (AA.VV.) se desarrollaron muy rápido en los diferentes barrios obreros de prácticamente todas las ciudades del Estado, poniendo en práctica formas de organización y lucha particulares y novedosas y alcanzando unos niveles de movilización, en la década de los 70, extraordinarios.

Ya desde la década de los años 50, pero sobre todo durante la década de los años 60, Pamplona creció en número de habitantes y en superficie urbanizada. Se crearon nuevos espacios urbanos extramuros y periferia, barrios preeminentemente obreros como la Txantrea, Rotxapea, San Jorge-Sanduzelai, Arrosadia o Etxabakoitz⁶⁴. El rápido crecimiento urbano motivado por la emigración campo-ciudad y el crecimiento poblacional hizo que los nuevos barrios nacieran con grandes deficiencias urbanísticas y dotacionales (servicios médicos, educativos, culturales, etc.). Al igual que en otros barrios del Estado, las AA.VV. de los distintos barrios de Pamplona, muy activas en los barrios de la periferia norte (Txantrea, Rotxapea, San Jorge-Sanduzelai), nacieron como respuesta a estas problemáticas, con el objetivo de mejorar las condiciones de los barrios y las vidas de sus habitantes. Los estudios e investigaciones sobre el movimiento vecinal coinciden en afirmar que las AA.VV. lucharon de forma eficaz para conseguir mejoras asistenciales de las que se carecía en los barrios obreros, peleando por conseguir y consiguiendo dotar a sus barrios de una infraestructura de la que carecían: solicitaron y obtuvieron escuelas, centros sanitarios, comunicación y transportes, e incluso centros de enseñanza para adultos.

En lo que a las luchas de las mujeres se refiere, el asociacionismo vecinal contribuyó al aumento del protagonismo femenino en la acción ciudadana. De hecho, buena parte de las primeras protestas originadas en los barrios estuvieron encabezadas por amas de casa que protestaban por el encarecimiento de los productos de primera necesidad o por la falta de instalaciones educativas, problemáticas que conocían muy bien y que les afectaban de forma directa en el día a día. Esto es lo que las convierte en plataformas preferentes para las mujeres para la acción pública y sociopolítica.

Como hemos dicho anteriormente, el movimiento vecinal apenas está estudiado en Navarra, por lo que todavía no contamos con trabajos y estudios que hayan analizado su origen, desarrollo, luchas, características, protagonistas, etc. Existen aproximaciones, realizadas especialmente desde los propios barrios⁶⁵,

64. Estos barrios se crearon a partir de núcleos de población pre-existentes, como la Txantrea o Arrosadia, o como ampliación de barrios que ya tenían entidad como tales desde hacía tiempo, como la Rotxapea. Más sobre los barrios de Pamplona en Nerea Perez Ibarrola, «Auzoak langile identitateen sorreran. Iruñerriko adibidea», *Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía*, n° 41 (2017b), pp. 127-159.

65. Para el caso de la Txantrea, VV.AA., *Txantrea. Sembrando vida en la piedra*, Pamplona-Iruñea, Txantrean Auzolan Kultur Elkarte, 2002; para el caso de San Jorge-Sanduzelai, Irantzu Urdániz y German Esparza, *La historia escondida. Historia de los movimientos sociales en San Jorge-Sanduzelai*, Pamplona-Iruñea, Umetxea-Sanduzelai, 2008; o, para el caso de Arrosadia, Blas Subiza y Vicente Arroyo, *Historia y recuerdos del mochuelo*, Pamplona-Iruñea, Lamiñarra, 2011.

pero resultan insuficientes tanto para entender el fenómeno del movimiento vecinal navarro en su globalidad, como para hacer siquiera una primera aproximación a la participación de las mujeres en el mismo⁶⁶. En cualquier caso, por el momento, podemos apuntar una serie de dinámicas generales que han servido para caracterizar las formas de participación femeninas en el asociacionismo vecinal y establecerlas como líneas a investigar y comprobar a futuro en el caso particular navarro.

En los barrios las mujeres comenzaron reivindicando soluciones para problemáticas cotidianas, pidiendo guarderías, parques y zonas ajardinadas y una mejor comunicación de los barrios con el centro y denunciando la carestía de la vida; pero desde los barrios también comenzaron a pedir libertad para los presos y a exigir cauces de representación democrática para la ciudadanía. En este sentido, puede decirse que el movimiento vecinal supuso para las mujeres la oportunidad de romper el aislamiento social y político al que la dictadura las había relegado al brindarles la ocasión de andar un camino que, partiendo de problemáticas y reivindicaciones cotidianas, las llevó a la praxis sociopolítica consciente en partidos políticos, instituciones y movimientos feministas. Las mujeres anduvieron este camino organizando acciones reivindicativas, pero también adquiriendo funciones de liderazgo dentro de las estructuras organizativas de las AA.VV. En la AA.VV. del barrio Virgen del Remedio de Alicante los principales puestos fueron ocupados por mujeres; en 1975 la AA.VV. de Nueve barrios –uno de los barrios más poblados de Barcelona– estaba presidida por una mujer y en 1974 la AA.VV. del barrio del Pilar de Madrid (130000 vecinos y uno de los barrios más poblados de Europa) también estaba presidida por una mujer⁶⁷.

La acción en los barrios también supuso un impulso para que las mujeres comenzaran a tomar conciencia de sus problemáticas propias. Fue en los barrios donde comenzaron a crearse grupo de mujeres, cuyo impulso principal fue la preocupación por la promoción cultural de la población femenina: se impartían clases gratuitas a las vecinas que no sabían leer ni escribir y, sobre todo, se organizaban charlas y talleres en torno a temas como la situación jurídica de la mujer, la discriminación en el trabajo, el matrimonio, los hijos, el trabajo doméstico, el divorcio, los anticonceptivos, etc. A través de estas actividades grupos de mujeres fueron organizándose cada vez más autónomamente y tomando posiciones

66. Para el caso de Navarra, un primer acercamiento al papel desempeñado por las mujeres en los barrios y a su participación en el movimiento vecinal y desarrollo de vocalías de mujeres, en Bravo Suescun, *De la domesticidad a la emancipación...*, pp. 204-209.

67. Di Febo, «La lucha de las mujeres en los barrios en los últimos años del franquismo...», pp. 66-67.

respecto a sí mismas y al papel que querían jugar en la sociedad. Este fue el caso de las asociaciones de amas de casa, que pasaron a convertirse en núcleos desde los que tomar posturas críticas con el régimen y en núcleos de organización de las mujeres en los barrios⁶⁸. En la misma línea podemos situar la experiencia de los centros de cultura popular y de promoción de las mujeres, surgidos a partir de los talleres organizados por la Acción Católica y que, en el caso concreto de Pamplona, se extendieron por numerosos barrios de la ciudad. El caso del centro del barrio de San Jorge-Sanduzelai es, tal vez, uno de los más conocidos⁶⁹. Creado en 1971, cuando estos centros ya se constituían como colectivos autónomos respecto a la Iglesia, ofreció un espacio de aprendizaje y crítica al sistema establecido organizando cursos y talleres sobre temática variada, como la educación de los hijos, sexualidad, alimentación y política, y charlas y debates sobre temas de actualidad y que estaban abiertos a todo el barrio. Patricia Amigot ha estudiado cómo estos centros ayudaron en la resignificación de la condición femenina de grupos de mujeres, amas de casa y de clase obrera, y en el desarrollo del proceso que las llevó tiempo después a participar en los movimientos sociales que se desarrollaron en Navarra en la década de los 70, tales como los movimientos vecinales, las comisiones de fiestas de los barrios o las APYMAS⁷⁰.

Centrándonos exclusivamente en el movimiento vecinal, los espacios propios por y para las mujeres en el seno del mismo se crearon autónomamente en forma de vocalías de la mujer, a través de las cuales se trataban problemáticas específicas de las mujeres, convirtiéndose en lugares de gestión autónoma para ellas en el seno de estos colectivos vecinales y consiguiendo, con ello, la coexistencia de objetivos reivindicativos de barrio y objetivos generales relacionados con la problemática específica de las mujeres⁷¹. Tanto Pilar Díaz como Giuliana Di Febo coinciden en que en el seno de las AA.VV. las vocalías de mujeres fueron promotoras de charlas, debates y cursos que abarcaban temáticas que iban más

68. Kaplan, «Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres...», p. 99.

69. Ver Urdániz y Esparza, *La historia escondida...*, pp. 66-67, y Bravo Suescun, *De la domesticidad a la emancipación...*, pp. 178-183.

70. Patricia Amigot, *Relaciones de poder, espacio subjetivo y prácticas de libertad. Análisis genealógico de un proceso de transformación de género*. Tesis doctoral dirigida por Margot Pujal i Llombart, Universitat Autònoma de Barcelona, 2006.

71. Eva Fernández Lamelas, por ejemplo, estudió en su tesis doctoral la proliferación de estas vocalías de mujeres situándolas en la intersección de dos de los grandes movimientos sociales de esta etapa: el movimiento feminista y el movimiento vecinal (*Vocalías y grupos de mujeres el feminismo en los barrios el movimiento de mujeres de base territorial durante la Transición en el cinturón industrial de Barcelona: 1974-1990*). Tesis doctoral dirigida por Verena Stolcke, Universitat Autònoma de Barcelona, 2016).

allá de los problemas de los barrios: discriminación en el trabajo, en la familia, en la sociedad, información sexual y análisis de la situación política y económica general y sus repercusiones en la calidad de vida de los barrios. Es significativo que los temas que despertaban mayor interés eran los relacionados con el conocimiento del cuerpo y la sexualidad femenina, el control de la natalidad y los métodos anticonceptivos; ya que evidencian, de alguna manera, cómo la toma de conciencia política fue unida a un descubrimiento de las necesidades específicas de las mujeres⁷². Como ejemplo de la actividad de las vocalías de mujeres y su preocupación por la planificación y educación sexual, podemos mencionar la experiencia de la vocalía de la mujer de la AA.VV. del barrio de la Txantrea, ya que el impulso de la misma sirvió para que se creara el centro de atención a la mujer y para la planificación y educación sexual Andraize⁷³, centro que a día de hoy todavía existe y que podemos considerarlo como un legado de la presencia y participación de las mujeres en los movimientos sociales y políticos de oposición en Pamplona y Navarra.

VII. Conclusiones

Dos son las conclusiones principales que se pueden plantear tras esta primera aproximación a la participación de las mujeres en los movimientos sociales y de oposición navarros de las décadas de los años 60 y 70.

Podemos concluir que la participación de las mujeres navarras en los movimientos sociales de aquellos años sigue las pautas generales que la historiografía sobre el tema ha establecido a la hora de visibilizar la presencia de las mujeres en el activismo sociopolítico de la época. Partiendo de las conclusiones de Pilar Díaz, para el caso de las mujeres navarras también el análisis de la presencia de acción y actuación femenina durante estos años del franquismo debe mirar más allá de los criterios de estudio tradicionales, cuyo punto de vista es eminentemente masculino y busca las formas de participación con base a criterios de las acciones y militancias tradicionales tales como el liderazgo en las organizaciones sindicales y políticas.

En este sentido, resulta necesario ampliar los puntos de vista y analizar otras formas de participación. Muchos de los estudios sobre la acción de las mujeres durante estos años y su aportación a la consecución de un régimen democrático

72. Díaz Sánchez, «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo...», p. 44.

73. Entrevistas realizadas a J. P. en Pamplona-Iruñea el 18/11/2014 y el 25/11/2014.

subrayan que la lucha sindical y vecinal fue unida de una manera muy clara en el caso de las mujeres, ya que muchas mujeres se iniciaron en un proceso de denuncia y lucha contra la dictadura desde su posición de mujeres y el papel que la sociedad les otorgaba en aquel momento. No es extraño que, como hemos visto, el punto de partida del activismo sociopolítico de muchas de ellas fuera el doméstico y el familiar, para pasar después a la fábrica y al barrio y terminar en las organizaciones sindicales, políticas, feminista e incluso en las instituciones. Más allá de las mujeres movilizadas en los barrios, creando grupos de mujeres y vocalías en las AA.VV., el papel de las mujeres de los trabajadores en huelga y conflicto puede ser una figura interesante para seguir ahondando en estas formas de participación.

La segunda de las conclusiones pasa por la situación actual de las investigaciones y conocimiento sobre el papel de las mujeres y su participación en los movimientos sociales de los años 60 y 70 en Navarra. La situación de las mujeres durante el franquismo aquí ha sido y está siendo estudiada desde diferentes ópticas y atendiendo a diversos ámbitos y aspectos. Las investigaciones de Gemma Piérola sobre ideología y discurso o de Carmen Bravo sobre los cambios vividos por las mujeres navarras a partir de la década de los 60 y los espacios en los que estos tuvieron lugar, entre los que se encuentran los movimientos sociales de oposición y la génesis del movimiento feminista, son el mejor ejemplo de ello. No obstante, ya no solo respecto al papel y participación de las mujeres en dos de los movimientos sociales y de oposición más importantes de la época –el movimiento obrero y el movimiento vecinal– queda todavía mucho por investigar, sino también sobre la realidad social de las mujeres en los ámbitos del barrio y la fábrica y de la militancia surgen nuevas líneas de investigación que podrían ayudar a completar un poco más la historia de las mujeres bajo el franquismo en Navarra.

En este artículo se ha tratado de establecer una serie de dinámicas generales, apuntando que la presencia y participación de las mujeres navarras en esos ámbitos puede perfectamente insertarse en esas dinámicas generales de participación. No obstante, todavía no contamos con estudios que analicen, por ejemplo, cuál fue y cómo fue la participación de las mujeres en el movimiento vecinal de Navarra; o estudios que analicen la condición específica de las mujeres en las fábricas del cinturón industrial de Pamplona y las problemáticas específicas, si las hubo, derivadas de su militancia en el movimiento sindical. El objetivo ha sido ponerlo de manifiesto y abrir una serie de líneas de investigación para trabajar y complementar los estudios que a día de hoy ya han puesto las bases y los puntos de partida para analizar la presencia y la participación de las mujeres en los movimientos sociales de oposición. Solo así seguiremos completando la reconstrucción de la vida, aspiraciones, esperanzas, convicciones, acciones y luchas de las mujeres navarras de aquella época.

VIII. Referencias bibliográficas

- Arriero Sanz, Francisco (2001): «El movimiento democrático de mujeres: del antifranquismo a la movilización vecinal y feminista», *Historia, trabajo y sociedad*, nº 2, pp. 33-62.
- Borderías, Cristina; Mónica Borrell, Jordi Ibarz y Conchi Villar (2003): «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático: la militancia femenina en las CCOO de Catalunya durante el franquismo», *Historia Contemporánea*, nº 26, pp. 161-206.
- Bordetas, Iván (2017): «Aportaciones del activismo femenino a la construcción del movimiento vecinal durante el franquismo. Algunos elementos para el debate», *Historia Contemporánea*, nº 54, pp. 15-45.
- Caspistegui Gorasurreta, Francisco Javier (2005): «La formación profesional en Navarra (1939-1964)», en F. C. Caspistegui Gorasurreta y C. Erro (dirs.), *De agrícola a industrial: Navarra 1939-2001*, Barañain, Eunsa, pp. 43-103.
- Di Febo, Giuliana (1990): «La lucha de las mujeres en los barrios en los últimos años del franquismo, Un ejemplo de utilización de la Historia de género», en J. Tussel, A. Alted y A. Mateos (coords.), *La oposición al régimen de Franco: estado de la cuestión y metodología de investigación*, Tomo II, UNED, Madrid, pp. 251-260.
- Díaz Sánchez, Pilar (2012): «Las fuentes orales y la construcción de relatos biográficos: mujeres trabajadoras en la dictadura franquista», en M. Llona (coord.), *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, EHU, pp. 187-216.
- (2005): «La lucha de las mujeres en el tardofranquismo: los barrios y las fábricas», *Gerónimo de Uztariz*, nº 21, pp. 39-54.
- Fernández Lamelas, Eva (2016): *Vocalías y grupos de mujeres el feminismo en los barrios el movimiento de mujeres de base territorial durante la Transición en el cinturón industrial de Barcelona: 1974-1990*. Tesis doctoral dirigida por Verena Stolcke, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Iriarte Areso, José Vicente (1995): *Movimiento obrero en Navarra. Organización y conflictividad (1967-1977)*, Pamplona-Iruñea, Gobierno de Navarra.
- Kaplan, Temma (1999): «Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres entre los años cincuenta y los años setenta», en A. M. Aguado, *Mujeres, regulación de conflictos y cultura de la paz*, Valencia, Universitat de València, pp. 89-108.
- Kowasch Velasco, Amaia (2017): *Tejiendo redes: Mujeres solidarias con los presos del Fuerte de San Cristóbal (1934-1945)*, Pamplona-Iruñea, Gobierno de Navarra.
- Mendiola Gonzalo, Fernando (2002): «Entre los viejos y los nuevos moldes: cambio social y político en Pamplona y su comarca (1951-1981)», *Gerónimo de Uztariz*, nº 17/18, pp. 211-250.
- Moreno-Seco, Mónica (2014): «A la Sombra de ‘Pasionaria’. Mujeres y militancia comunista (1960-1982)», en D. Ramos Palomo (coord.), *Tejedoras de ciudadanía: cultural políticas, feminismo y luchas democráticas en España*, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 257-282.
- Perez Ibarrola, Nerea (2017a): *Langileria berri baten eraketa. Iruñerria 1956-1976*, Pamplona-Iruñea, Gobierno de Navarra.

- (2017b): «Auzoak langile identitateen sorreran. Iruñerriko adibidea», *Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía*, nº 41, pp. 127-159.
- Piérola Narvarte, Gemma (2018): *Mujer e ideología en la dictadura franquista. Navarra (1939-1960)*, Pamplona-Iruñea, Pamiela.
- Roca i Girona, Jordi (2005): «Los (no) lugares de. Las mujeres durante el franquismo: el trabajo femenino en el ámbito público y privado», *Gerónimo de Uztariz*, nº 21, pp. 81-89.
- Segura Graiño, Cristina (2005): «Historia, historia de las mujeres historia social», *Gerónimo de Uztariz*, nº 21, pp. 9-22.
- Subiza, Blas, y Vicente Arroyo (2011): *Historia y recuerdos del mochuelo*, Pamplona-Iruñea, Lamiñarra.
- Suescun, Carmen Bravo (2012): *De la domesticidad a la emancipación. Las mujeres en la sociedad navarra (1961-1991)*, Pamplona-Iruñea, Gobierno de Navarra.
- Thompson, E. P. (1995): «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, pp. 213-293.
- Torre Campo, Joseba de la (2006): «Trabajadores, empresarios y tecnócratas en el desarrollo industrial de Navarra (1950-1980)», *Gerónimo de Uztariz*, nº 22, pp. 75-103.
- Urdániz, Irantzu, y Germán Esparza (2008): *La historia escondida. Historia de los movimientos sociales en San Jorge-Sanduzelai*, Pamplona-Iruñea, Umetxea-Sanduzelai.
- Varo Moral, Nàdia (2007): «Mujeres en huelga: Barcelona metropolitana durante el franquismo», en J. Babiano Mora, *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*, Madrid, Catarata, pp. 139-188.
- Verdugo Martí, Vicenta (2014): «Movimiento feminista-movimiento vecinal en Valencia durante la transición», en Ramos Palomo (coord.), *Tejedoras de ciudadanía: cultural políticas, feminismo y luchas democráticas en España*, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 283-301.
- VV.AA. (2002): *Txantrea. Sembrando vida en la piedra*, Pamplona-Iruñea, Txantrean Auzolan Kultur Elkarte.
- Yusta Rodrigo, Mercedes (2014): «La unión de mujeres antifascistas españolas (1946-1950): Actividad política femenina al comienzo de la guerra fría», en D. Ramos Palomo (coord.), *Tejedoras de ciudadanía: cultural políticas, feminismo y luchas democráticas en España*, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 227-256.
- Zabala González, Begoña (2018): *Feminismo, transición y Sanfermines del 78*, autoedición.

